

Vacaciones y reli- giosidad: antinomia con matices

DESDE su inmediato contraste, los términos *vacaciones* y *religiosidad* aparecen en nuestra mente como conceptos distantes y extraños, como si pertenecieran a campos semánticos y vivenciales totalmente ajenos. Esta percepción es natural y previsible en los que se consideran «agnósticos o ateos»; pero resulta un tanto contradictoria cuando la sienten los «católicos practicantes».

Unos y otros parecen coincidir con el étimo del término «vacaciones»: en latín «vacare» significa tanto «estar ocioso» como «estar vacío» o «estar libre». Tres estados que se dan de forma simultánea como objetivo vital impostergerable, inaplazable, en vacaciones. Sólo cabe el disfrute inmediato del descanso, de la libertad de horarios, de la posesión del tiempo propio, a salvo de la amenaza de las obligaciones. La asistencia al culto dominical, por ejemplo, puede ser sustituido sin remordimientos por el paseo o la playa; la oración o cualquier otra manifestación de espiritualidad o de religiosidad, pueden ser olvidadas o postergadas. Lo immanente gana, sin esfuerzos, su batalla a la trascendencia.

La evidente distancia de los conceptos que nos ocupan suscita varios **interrogantes** y algunas **sospechas**:

¿La religión es sentida como «negotium», una ocupación, un quehacer para tiempos de faenas, con lo que el concepto implica de obligación formal y exterior? Quizás la etimología aporte su cuota de verdad también en este caso.

¿Por qué precisamente cuando se dispone de más tiempo libre para una beneficiosa renovación espiritual, se prescinde de ella invocando la falta de tiempo? Tal vez sucede que nuestra religiosidad no llega a todos los espacios de nuestras vidas; quizás en nuestro fuero interior las vacaciones se asocian exclusivamente con la parte material, corporal, de nuestro ser.

Para responder —aunque sólo sea parcialmente— a estas cuestiones, es necesario situar los alcances de ambos términos en la sociedad: considerar los límites generales de la religiosidad y la restricción del alcance de las vacaciones en estos tiempos de crisis. A lo largo del análisis puede ir perfilándose incluso alguna alternativa reconciliadora.

Los límites de la religiosidad en nuestra sociedad

LOS estudios estadísticos que consideran el estado de la **religiosidad** de nuestra sociedad tienen un valor relativo pero pueden orientar nuestra búsqueda. Los trabajos de González Blasco y González Anleo (1989), el dirigido por Amando de Miguel (1993) y el de Díaz Salazar y Salvador Giner (1993) —desde perspectivas y procedimientos distintos— coinciden en señalar un **progresivo y acelerado proceso de secularización** que viene constatándose desde la transición y que se extiende a todos los niveles sociales y a todas las edades.

A la luz de las cifras, **la religiosidad resulta tan ausente en vacaciones como en el resto del año**: en 1970, 87 de cada cien españoles se confesaban católicos practicantes; en 1980 el porcentaje se redujo al 72 por 100; y en 1991, alcanzó un magro 49 por 100. En otras palabras, hasta los años 70 nueve de cada diez españoles eran católicos practicantes; y sólo una generación más tarde la proporción se encuentra en uno de cada dos. A pesar del tópico de una España católica por antonomasia, lo cierto es que las encuestas de los primeros años de los ochenta ya la situaban a la zaga de

países con Italia, Bélgica, México, Canadá e Irlanda en proporción de católicos practicantes.

El máximo alejamiento de la práctica religiosa se da en las ciudades —punto desde el que parten las caravanas de vacaciones, fenómeno esencialmente urbano— y en los adultos comprendidos entre los 30 y los 35 años de edad; más en los varones que en las mujeres, y en los que se definen de izquierdas más que en los de derechas. La relación existente entre clase social y religiosidad activa es hoy mucho menos marcada que lo fuera hasta hace unos años: **las clases altas —para quienes la crisis no pone en peligro ni vacaciones ni descanso— no son hoy las más religiosas.** Como bien apunta González Blasco, «Uno de los cambios más reveladores de la evolución del catolicismo español es, sin duda alguna, el desvanecimiento de la importancia de la clase social como un factor de religiosidad. El peso del factor «clase social» se ha trasladado al factor **edad**».

Entre los jóvenes, el proceso de secularización es, en términos absolutos, agudo: del 76 por 100 de católicos practicantes en 1960 al 15 por 100 en el 89. Como ocurre con la población adulta fuertemente secularizada, la mayoría de jóvenes —a juzgar por estas estadísticas— no ven conciliación posible entre vacaciones y religiosidad, sencillamente porque esta última no forma parte de sus vidas ni de sus referentes vitales. Este parámetro diferencial de la edad puede aportar alguna luz medianamente esclarecedora a la antinomia que nos ocupa, como veremos más adelante.

El privilegio de las vacaciones en tiempos de crisis

EN un país que cuenta con el desgraciado récord de cuatro millones de parados, el privilegio de las vacaciones queda reservado a los trabajadores en activo. Pocos son los escogidos y, no obstante, cada verano las carreteras se transforman en riadas de automóviles en lenta caravana hacia el vasto mundo, el mar, la montaña, el pueblo. El espectáculo puede resultar engañoso y llevarnos a creer que el paro es un espejismo o que la economía sumergida hace milagros. ¿Quiénes salen de vacaciones?

Aparentemente todos, en estampida, desde las ciudades hacia el ansiado veraneo. La carrera es desenfrenada como el impulso de «cambiar de aires», de «estar libres», «de estar vacíos» del ruido, de todo vestigio de vida cotidiana..., y del propio paro.

La tendencia de otros años de bonanza a «conocer mundo», de salir del país queda reservada hoy a un grupo selecto; los demás deben conformarse con la tierra nacional o el terruño.

El deseo de huida se agudiza con la crisis y la desesperanza; y aunque sea sólo una escapada al pueblo, con mínimo gasto, es imperativo de supervivencia olvidarse de las obligaciones, incluidas las religiosas.

¿Quién piensa en religión en las vacaciones? Los que forman la franja de clase media en edad y poder adquisitivo, de tendencia «agnóstica», naturalmente no; quienes viven sufriendo demasiadas restricciones cotidianas, tampoco, aunque cumplan con su «deber» religioso en tiempo de «negotium». Las vacaciones son cambio, una especie de carnaval liberador de frustraciones y restricciones; una de las «soluciones» que ofrece a problemas y frustraciones la sociedad del consumo y del materialismo subyacente. Quienes pueden decidir destinos y plazos para el descanso estival son precisamente los adultos que quedan comprendidos en esa franja que va de los 30 a los 50 años, los más secularizados. En estas condiciones, unir vacaciones y religiosidad no es previsible.

Como una primera conclusión parcial, parece confirmarse la sospecha de que, en el conjunto amplio de la sociedad fuertemente secularizada, religiosidad y vacaciones no son compatibles, del mismo modo y por las mismas razones por las que no lo son tampoco religiosidad y trabajo, o religiosidad y vida.

Vacaciones y servicio solidario como alternativa

AL término de las clases en la universidad o en el instituto y una vez superados los enojosos exámenes, los jóvenes se enfrentan a un mes o más de espera

hasta la llegada de las vacaciones familiares. Es el momento de encontrar alternativas válidas para un tiempo libre demasiado extenso; y algunos escogen, entre la multitud de ofertas posibles, los cursos de idiomas en el extranjero, los viajes a casa de amigos o familiares, la práctica de deportes, la discoteca y las rutas especiales de diversión desenfrenada, o el simple hastío doméstico.

No obstante, existen propuestas menos individualistas y en las que es posible la armonización entre vacaciones y religiosidad en sentido amplio, que muchos jóvenes comienzan a preferir a las anteriores. Desde el Año Santo, las peregrinaciones compostelanas de jóvenes se han prolongado a un ritmo pausado pero constante. Los monasterios asisten sorprendidos a la inusitada demanda de hospedaje no sólo del pseudoeremita habitual y solitario sino también de grupos de adolescentes cuyos intereses pueden ir más allá del esnobismo de la «pasión» por el gregoriano recién «descubierto».

INCLUSO *los que se autocalifican de arreligiosos buscan, sienten y actúan en favor de valores cristianos como la solidaridad, la ayuda al más necesitado o al marginado, el respeto y defensa de la naturaleza, o emprenden acampadas, tareas de restauración de pueblos e iglesias, en un tiempo de vacaciones que sienten que les pertenecen más que el que comparten con sus padres. La solidaridad decidida y comprometida puede llevarlos a trabajar desinteresadamente durante un mes o más en tareas de asistencia a ancianos desvalidos, enfermos de SIDA, drogadictos en proceso de recuperación o inmigrantes.*

Para entender este fenómeno conviene volver a las referencias estadísticas. Desde el 89, la tendencia secularizadora, que continúa creciendo en otros sectores, se estabiliza relativamente entre los jóvenes: del 15 por 100 se pasó al 13 por 100 de católicos practicantes; y disminuyeron los arreligiosos del 38 al 32 por 100. He aquí un factor a tener en cuenta y que explicaría ese resurgir espontáneo, no impuesto, de asociaciones juveniles en torno a parroquias y

comunidades, en donde viven la experiencia de una fuerte sociabilización religiosa.

*Otro dato revelador que confirman las encuestas y los hechos es que **los jóvenes son los más altruistas**: incluso la debilidad del patriotismo bélico no quiere decir que no estén presentes algunas formas de altruismo como el ecologismo, el pacifismo y la solidaridad respecto de los marginados. El porcentaje del 72 por 100 de jóvenes que estarían dispuestos a sacrificarlo todo por estas causas es esperanzador; proporción que se incrementa sensiblemente entre los católicos practicantes. Estos son menos en número, pero muy activos y constituyen la mayoría en las asociaciones de voluntarios.*

El compartir la Eucaristía en la naturaleza, junto a los amigos, sin coacciones ni plazos, puede constituirse para los jóvenes en el más sincero acto de espiritualidad trascendente, para los católicos practicantes y para los que participan sin serlo. Todas estas actividades les proporcionan experiencias inolvidables que fortalecen su personalidad, su sentido de la solidaridad, de la caridad bien entendida, y les permiten armonizar descanso, tiempo libre y espiritualidad. Una armonización que no parece estar en la mente de muchos adultos ya «hechos», menos dispuestos a compartir un descanso celosamente preservado de toda forma de limitación.

Una segunda conclusión: es posible la armonía

SI bien es cierto que, apenas ingresan en la vida adulta, muchos jóvenes se apartan de la vida religiosa, es importante tener presente la tendencia apuntada porque puede indicar el instante en que los factores en juego determinen que la secularización avance, se detenga o se consume.

A lo mejor nos toca aprender de ellos a superar la dicotomía vacaciones-religiosidad, aprovechando la ruptura de las inercias cotidianas que supone el descanso anual para emprender caminos de armonización a nuestro alcance: desde la incorporación a proyectos solidarios en una parte del

tiempo disponible en vacaciones, hasta la renovación de la espiritualidad amorosa en familia que se nutre de comunicación, confianza y comprensión. Es probable que nuestros hijos nos descubran, con su entusiasmo, que Dios es presencia viva en cada espacio de la naturaleza, en el rostro del necesitado de afecto y comprensión, y en cada instante de nuestro descanso.